

La Comédiathèque

BATAS BLANCAS
y
HUMOR negro

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr

Batas blancas y humor negro

Jean-Pierre Martinez

El hospital era casi perfecto... El crimen también.
Una comedia policial con tintes de humor negro.

Personajes:

El doctor : Carlos

Las 2 enfermeras : Hermana Esperanza y Bárbara

Los 3 pacientes : Thelma, Luisa (o Luis), Fernanda (o Fernando)

Los 5 visitantes : Juan, Sandy, Fred, Ángela (o Ángelo), Alex

Los 2 policías : Ramírez y Sánchez

El doctor puede ser un hombre o una mujer travestida de hombre.

Los pacientes, visitantes y policías pueden ser tanto masculinos como femeninos.

Varios personajes pueden ser interpretados por el mismo actor o actriz:

Ángela también puede interpretar a Alex,

Juan y Sandy pueden interpretar a los dos policías.

Número posible de actores y actrices : 10 a 13

Distribuciones por género posibles :

10 – 8H/2M, 7H/3M, 6H/4M, 5H/5M, 4H/6M, 3H/7M, 2H/8M, 1H/9M, 10M
11 – 8H/3M, 7H/4M, 6H/5M, 5H/6M, 4H/7M, 3H/8M, 2H/9M, 1H/10M, 11M
12 – 8H/4M, 7H/5M, 6H/6M, 5H/7M, 4H/8M, 3H/9M, 2H/10M, 1H/11M, 12M
13 – 8H/5M, 7H/6M, 6H/7M, 5H/8M, 4H/9M, 3H/10M, 2H/11M, 1H/12M, 13M

La sala de recepción del hospital, destinada a recibir a los visitantes. Hermana Esperanza, morena, de una belleza discreta, vestida con el hábito de enfermera religiosa, decora mientras tararea un árbol de Navidad raquíptico puesto sobre una mesa en una esquina. Delante del árbol hay un pesebre. Detrás de Esperanza llega Carlos, un apuesto médico de estilo play boy, con bata blanca y estetoscopio alrededor del cuello. Ambiente de serie médica.

Carlos – Buenos días, Hermana Esperanza, ¿cómo está todo?

Esperanza se sobresalta, sorprendida y un poco desconcertada.

Esperanza – Buenos días, Doctor Miranda. Me asustó...

Carlos – Lo siento mucho. Pero llámeme Carlos, por favor...

Esperanza – ¿Y por qué eso, Doctor Miranda?

Carlos – ¡Pues porque ese es mi nombre, Esperanza!

Esperanza – Por supuesto... Pero si me lo permite, seguiré llamándolo Doctor Miranda. Me parece más adecuado. Y preferiría que usted me llame Hermana Esperanza...

Carlos – Como usted desee, Hermana... Ah, pero ha hecho maravillas con este árbol. Es realmente hermoso...

Esperanza observa con satisfacción el árbol de Navidad moribundo, que algunas guirnaldas en mal estado intentan alegrar un poco.

Esperanza – Nuestros pacientes necesitan un poco de consuelo en esta época festiva en la que no todos están rodeados del amor de sus familias...

Carlos – Claro...

Esperanza – A este símbolo laico que es el árbol de Navidad, me he permitido añadir un pesebre. Espero que no le parezca inconveniente, Doctor.

Carlos – ¡También forma parte de la magia de la Navidad! Incluso las grandes tiendas de la Calle de Alcalá tienen un pesebre, ¿por qué no nuestro hospital? Después de todo, también somos una empresa comercial.

Esperanza – Es importante que todos nuestros pacientes que no tienen familia sepan que pueden contar, a pesar de todo, con el amor de nuestro Señor...

Carlos – Es cierto...

Esperanza se inclina hacia el pesebre para colocar las figuritas dentro.

Esperanza – ¿Me ayuda a poner al niño Jesús en su cuna?

Carlos – Eh... sí.

Carlos se acerca a Esperanza para echarle una mano y se rozan.

Esperanza – Tome, aquí están el buey y el burro...

Carlos – Perfecto.

Esperanza – Y aquí está la Virgen.

Llega Bárbara, tan rubia como Esperanza es morena, vestida con una bata que resalta mucho más sus encantos.

Bárbara (*irónica*) – Supongo que no estaban hablando de mí, Hermana...

Carlos – Ah, Bárbara, justo la estaba buscando...

Bárbara – No me encontrará en un pesebre...

Carlos – Estaba a punto de comenzar mi visita. ¿Me acompaña?

Bárbara – Usted sabe que lo seguiré a cualquier lugar, Carlos. Como los Reyes Magos seguían la Estrella de Belén.

Carlos – La dejo, Esperanza... Quiero decir, Hermana Esperanza...

Esperanza, incómoda, decide retirarse.

Esperanza – También tengo cosas que hacer...

Esperanza se va.

Carlos – ¿Vamos, Bárbara?

Carlos y Bárbara se van. Impulsada por Ángela, vestida de forma gótica, Luisa llega en una silla de ruedas con una bolsa de suero sobre ella.

Ángela – ¡Entonces, Feliz Navidad, Tía Luisa!

Luisa – Gracias, Ángela... No sé si llegaré a la próxima...

Ángela – Vamos, no digas eso... (*Saca una botella de champán y dos copas de su bolso.*) Aquí, traje algo para brindar y celebrar...

Luisa – Oh, pero es una locura...

Ángela abre la botella y llena las copas. Luego saca un paquete de galletas de su bolso.

Ángela – También te traje lenguas de gato, sé que te gustan...

Luisa – Eres realmente un ángel, Ángela, pero con mi estómago. Bueno, con lo que me queda... Hubiera preferido bizcochos de soletilla...

Ángela – Puedes mojarlos en el champán para ablandarlos. Aquí tienes, este es tu regalo...

Ángela le entrega a Luisa un sobre.

Luisa – ¡Gracias! ¿Qué es esto?

Ángela – ¡Sorpresa!

Luisa – Un sobre... Espero que no sea dinero... Eso es lo único de lo que no carezco... A mi edad, lo que realmente me falta es tiempo para gastarlo...

Ángela – Sí, bueno... *(Bajito)* La vida es injusta... Yo solo tengo tiempo...

Luisa, que no escucha, lucha por abrir el paquete. Mientras tanto, Ángela vierte el contenido de un pequeño frasco en la copa de su tía. Finalmente, Luisa logra sacar un papel del sobre.

Luisa – ¿Qué es esto?

Ángela – ¡Una suscripción de un año a la revista Plena Vida!

Luisa – ¡Un año! No sé si podré disfrutarlo hasta el final...

Ángela *(susurrando)* – Sí, tampoco estoy segura.

Luisa – ¿Cómo?

Ángela saca una copia de la revista de su bolso y se la entrega a Luisa.

Ángela – Aquí está el primer número... Tendrás algo para leer...

Luisa – ¡Gracias, Ángela!

Ángela – Si te hace feliz, me hace feliz a mí también, tía... *(Se besan en la mejilla)*
¿Entonces brindamos?

Luisa – No sé si es muy razonable...

Ángela – Vamos, una copita para Navidad, ¡no puede hacer daño!

Luisa – Oh, pero has echado demasiado...

Ángela – ¡Qué va!

Luisa – ¿Puedes pasarme mi chal, por favor?

Ángela se gira para tomar el chal de una silla. Luisa aprovecha para intercambiar las copas y quedarse con la menos llena.

Ángela – Aquí lo tienes...

Luisa – Gracias, eres amable... Afortunadamente, al menos tú estás aquí... Si no, nadie vendría a verme...

Ángela – Pero es normal, soy tu sobrina... *(Gran sonrisa)* Entonces, Tía, ¿has pensado en lo que hablamos la última vez?

Luisa – ¿Qué?

Ángela – Sobre tu testamento, ya sabes... No estoy segura de que sea una buena idea dejarlo todo a la Cruz Roja...

Luisa – No es la Cruz Roja, ¡es el Doctor Miranda! ¡O más bien, su fundación! Una fundación que se ocupa de los huérfanos sin padres...

Ángela – Oh, ya sabes, ahora todo el mundo tiene su fundación, incluso los asesinos en serie... Y además, yo también me sentiré un poco huérfana cuando ya no estés...

Luisa – Tú tienes a tus padres, después de todo. No están necesitados, ambos son dentistas... De hecho, tu madre siempre me ha tenido manía... Nunca viene a verme...

Ángela – ¡Pero yo estoy aquí!

Luisa – Por eso, al principio había redactado ese primer testamento a tu favor... Está en el cajón de mi mesita de noche... Pero el Doctor Miranda me convenció de... Y sé muy bien que si vienes a verme, no es por mi dinero...

Ángela – Claro...

Luisa – Tú tienes una familia, puedes estudiar. Y ser dentista, como tus padres. Mientras que esos pobres huérfanos... Si el buen Doctor Miranda no tiene los recursos para ocuparse de ellos...

Ángela – Escucha, haz lo que quieras... Al fin y al cabo, es tu dinero. Pero este nuevo testamento, ¿ya lo has redactado?

Luisa – Aún no... Me ocuparé de eso más tarde...

Sonrisa de Ángela.

Ángela – Perfecto... ¡Salud!

Beben.

Luisa – Está bien fresco...

Ángela – Sí, es bueno... ¿Una lengua de gato para que pase todo esto?

Luisa – Gracias, tal vez las pruebe más tarde cuando te hayas ido...

Ángela – Así es... Mientras lees Plena Vida... Bueno, voy a dejarte, Tía... Seguramente estés un poco cansada...

Luisa – Estoy bien... ¿No quieres jugar al Cluedo antes de irte?

Ángela – Lo siento, pero realmente no tengo tiempo... Volveré para desearte un feliz año...

Se dan un beso en la mejilla.

Luisa – Diviértete y gracias por pasar a ver a tu vieja tía en Navidad... Ah, por cierto, ¡también tengo un regalo para ti! Aquí, está debajo de la mesa...

Ángela toma el paquete, lo abre y saca un objeto de lana.

Ángela – ¿Qué es esto?

Luisa – ¡Pues es una bufanda! La tejí para una amiga, pero murió antes de poder usarla. ¿Te gusta?

Ángela – Mucho... Bueno, nos vemos pronto, Tía... ¡Y feliz Navidad!

Ángela se va.

Luisa – ¡Que pinta más rara...! Cada vez que viene a verme, tengo la sensación de que ya estoy en el infierno... (*Suspiro*) Bueno, veamos esto...

Luisa abre Plena Vida y empieza a hojearlo mientras moja una lengua de gato en su champán. Frunce el ceño.

Luisa – ¿Dónde habré dejado mis gafas? Seguro que las dejé en mi habitación...

Luisa se aleja en su silla de ruedas. Hermana Esperanza llega, sosteniendo a Fernanda del brazo. La ayuda a sentarse en el sillón.

Esperanza – Siéntese un rato aquí, Fernanda. No es bueno estar acostada todo el día... ¿Quiere jugar al Scrabble para ejercitar un poco la mente?

Fernanda – ¿Ejercitar qué?

Esperanza – ¡El cerebro!

Fernanda – De acuerdo...

Esperanza prepara el juego.

Esperanza – Aquí están sus letras... ¿Comienza usted?

Fernanda – Oh, no sé si podré hacerlo, ya no tengo toda mi cabeza...

Esperanza – Intente de todos modos...

Fernanda – Bueno, lo haré entonces... (*Fernanda coloca todas sus letras en el tablero*) OXIDARÁ. Entonces, 16 con la "x" que cuenta doble 26, multiplicado por 2 igual a 52, más 50 que suman 102...

Esperanza – Bueno... Sus neuronas al menos no están demasiado oxidadas...

Una pareja llega, Sandy y Juan, la hija y el yerno de Fernanda. Juan puede ser interpretado por una mujer travestida de hombre o por una mujer más masculina (Asumiremos entonces que es una pareja gay, lo que añadirá una dimensión cómica a la confusión de Fernanda).

Esperanza – Oh, creo que tiene visita, Fernanda... Los dejaré en familia... Caballeros y señoras...

Sandy (*a Esperanza*) – Buenos días, Hermana...

Fernanda – ¿Es tu hermana?

Esperanza (*con indulgencia*) – No, Fernanda, ella es tu hija...

Esperanza intercambia una sonrisa con Sandy y se va.

Sandy – Entonces, mamá, ¿cómo estás hoy?

Fernanda – Oh, ya sabes, a mi edad...

Juan – Buenos días, suegra...

Fernanda – ¿Quién es ese?

Sandy – Pero mamá, es Juan, ¡mi esposo!

Fernanda – ¿Estás casada? ¿Desde cuándo?

Sandy – Hace unos veinte años.

Fernanda – Al menos podrías haberme enviado una invitación...

Sandy – ¡Pero estuviste presente en nuestra boda, mamá! *(Saca una foto de su billetera)* Mira, eres tú allí, en la foto, a la salida del ayuntamiento.

Fernanda – Ah, sí... Y el que te está sosteniendo del brazo, con su traje demasiado grande, ¿quién es?

Juan – Soy yo, suegra. Juan, tu yerno.

Fernanda lo mira.

Fernanda – Oh, vaya... ¡Cómo ha envejecido! No me sorprende que no lo haya reconocido...

Juan – Sí, todos envejecemos...

Sandy le ofrece a su madre una caja.

Sandy – Toma, te traje una caja de pasta de frutas.

Fernanda – Gracias... ¿No está demasiado dura, verdad? Porque con mis dientes...

Juan – Son pasta de frutas, suegra... Es suave...

Fernanda *(susurrando a Sandy)* – ¿Por qué me llama suegra?

Juan prefiere cambiar de tema...

Juan – Entonces, Fernanda, ¿has dormido bien esta noche?

Fernanda – Tuve un sueño extraño...

Juan – ¿Ah, sí? ¿Qué fue?

Fernanda – Oh, ya no importa mucho ahora...

Sandy – Dilo... *(Más bajo)* Al menos tendremos un tema de conversación...

Fernanda – Soñé con esos lingotes que mi madre me regaló en Navidad justo antes de morir...

Sandy y Juan, sorprendidos, intercambian una mirada.

Sandy – ¿Lingotes?

Juan – ¿Quieres decir lingotes de oro, suegra?

Fernanda – ¿Cómo?

Sandy – ¿Tu madre te dio lingotes de oro? ¡Nunca nos lo habías mencionado!

Fernanda – No era asunto suyo... Y como ya no tenía ni idea de que había hecho con ellos... Solo esta noche me acordé...

Juan – ¿Y entonces?

Fernanda – Ya saben cómo son los sueños, en cuanto te despiertas, olvidas la mitad.

Sandy – ¿Y de qué mitad te acuerdas?

Fernanda – Recuerdo la caja... Y todos los lingotes dentro.

Sandy – ¿Todos los lingotes? ¿Había muchos, además?

Juan – ¿Y esta caja, no recuerdas dónde la escondiste?

Fernanda – Pues no...

Juan – Haz un esfuerzo, suegra.

Sandy – Tal vez los enterraste en el jardín...

Fernanda – ¿Qué cosa?

Juan – ¡Los lingotes, maldita sea! ¡Los malditos lingotes!

Fernanda – Ah, eso lo olvidé por completo...

Sandy – Intenta recordar...

Fernanda – Sí, recuerdo bien la caja. (*Señalando la caja de pasta de frutas*) Un poco más grande que esta, sin embargo.

El Doctor Miranda pasa por allí de nuevo. Sandy y Juan parecen incómodos por la llegada de este testigo inesperado.

Carlos – Buenos días, Fernanda, ¿cómo estás hoy?

Fernanda – Buenos días, Doctor.

Carlos – ¡Ah, veo que fuiste a la peluquería para la víspera de Año Nuevo! Te queda muy bien...

Fernanda – Halagador...

Carlos – ¿Está todo bien, señores y señoras?

Juan – Buenos días, Doctor Miranda...

Sandy – Sí, sí, todo está bien. ¿Verdad, mamá? (*Susurrando*) Está perdiendo cada vez más la memoria, pero aparte de eso, está bien...

Carlos – Su madre es fuerte, créanme. ¡Nos enterrará a todos! ¿Verdad, Fernanda?

Juan – Y sobre la memoria, ¿no tiene algo...

Sandy – Aunque el efecto fuera solo temporal.

Carlos – Para la memoria, déjame pensar... Sí, yo mismo tomo algo muy eficaz, pero... No logro recordar el nombre de ese medicamento en absoluto... (*Sandy y Juan lo miran perplejos*) Estoy bromeando, por supuesto... Aquí, es necesario reír un poco, ¿saben?, de lo contrario... Rápidamente nos suicidaríamos. No, lamentablemente, no existe cura alguna para las pérdidas de memoria en la actualidad...

Juan – Ya veo... Probablemente sea una enfermedad degenerativa...

Fernanda se queda dormida lentamente en su silla de ruedas.

Carlos – ¡Y ahí lo tienen! Una larga enfermedad degenerativa de la cual, desafortunadamente, todos sufrimos desde nuestro nacimiento...

Juan – ¿Y cómo se llama?

Carlos – ¡La vida, querido señor! ¡La vida! Una enfermedad genética cuyo desenlace siempre es fatal, más temprano o más tarde. (*Suena el bip del Doctor*) Bueno, queridos amigos, el deber me llama. ¡Les deseo una Feliz Navidad!

Sandy sacude un poco a su madre para despertarla.

Sandy – Despierta, iremos a dar un paseo por el parque...

Juan – El aire fresco quizás refresque su memoria...

Sandy – ¡Vamos, mamá! ¡Levántate y camina!

Sandy, Juan y Fernanda salen. Luisa regresa en su silla de ruedas y vuelve a leer Plena Vida. Thelma llega, caminando con dificultad, agarrada con una mano al soporte con ruedas de su suero y sosteniendo una computadora portátil con la otra.

Thelma – Entonces, Luisa, ¿todavía no te has muerto?

Luisa – Oh, Thelma, siempre con una palabra para hacer reír... Cuando ya no estés, nos aburriremos...

Thelma – Con un poco de suerte, te irás antes que yo... ¿Qué estás leyendo?

Luisa – Plena Vida. Es un regalo de mi sobrina.

Thelma – Al menos tiene sentido del humor... ¿Y es interesante?

Luisa – Sí, pero hay muchos anuncios... Audífonos, sillas salvaescaleras, seguros de funeral...

Thelma – Parece emocionante...

Thelma se sienta en una silla y abre la tapa de su computadora portátil.

Luisa – ¿Hay wifi aquí?

Thelma – La señal es mejor cerca de la sala mortuoria, pero está ocupada ahora.

Luisa – Ah, ¿sí? ¿Por quién?

Thelma – Pensé que eras tú, pero aparentemente no...

Thelma enciende su computadora.

Luisa – Tal vez sea Fernanda...

Thelma – ¿Tú crees?

Luisa – Siempre son los mejores los que se van primero...

Thelma – Prefiero ser una bruja... eso preserva.

Luisa – Pobre Fernanda... Sin embargo, no parecía estar tan mal... No habría apostado que sería ella quien nos dejaría primero.

Thelma – Yo sí...

Luisa – ¿Perdón?

Thelma – Aposté por ella.

Luisa – ¿De verdad?

Thelma – Cincuenta euros... Puesto que no eres tú quien está en la sala mortuoria, todavía tengo una oportunidad...

Luisa – Mientras no apuestes que seré la próxima en la lista...

Thelma examina el expediente médico colgado en la silla de ruedas de Luisa.

Thelma – Veamos... Ah sí, de hecho... Sin querer halagarte, tienes un historial bastante bueno...

Luisa le mira con preocupación.

Luisa – ¿En serio?

Thelma comienza a teclear en su teclado.

Thelma – Está bien... Tengo dos barras...

Luisa – ¿Dos barras?

Thelma – ¡Para el wifi!

Luisa – Ah, sí...

Thelma continúa tecleando en su computadora. Luisa vuelve a su lectura.

Thelma – ¡Wow! Este está bastante bien. ¡Mira esto!

Thelma gira la pantalla hacia Luisa por un momento.

Luisa – ¿En qué tipo de sitio estás?

Thelma – En un sitio de citas... Mi seudónimo es Thelma...

Luisa – Thelma, ese no es tu verdadero nombre, ¿verdad?

Thelma – Mi verdadero nombre es María de los Dolores... Pero para conocer a alguien en línea, no es un nombre fácil.

Luisa – ¿Realmente crees que en nuestro estado aún podemos conocer a alguien?

Thelma – ¿Aparte de alguien que esté encargado de administrarnos los últimos sacramentos, certificar nuestra muerte o realizar la autopsia? Siempre se puede soñar... Pero debo decir que me he enamorado...

Luisa – Con la presión arterial que tienes... un flechazo puede convertirse rápidamente en un ataque al corazón.

Thelma vuelve a escribir en su computadora.

Thelma – Estoy dudando...

Luisa – En nuestro estado, es mejor no dudar demasiado tiempo.

Thelma – Vamos, voy a probar suerte...

Luisa – No quiero desanimarte, pero cuando vea tu foto...

Thelma le muestra la pantalla de nuevo.

Thelma – Aquí está, mi foto...

Luisa – ¡Pero... es Sor Esperanza!

Thelma – No es muy sexy, pero es lo único que tenía a mano... La tomé con mi teléfono ayer, diciéndole que quería tener una foto suya en mi página de inicio...

Luisa – Espero que ella no navegue por Internet también...

Thelma – Una monja... De todos modos, ella no debe frecuentar sitios de citas... Y al menos, parece más creíble así...

Luisa – ¿Qué quieres decir?

Thelma – La foto. No hay que exagerar, los hombres saben que cuando tienes el físico de un modelo, no necesitas ir a este tipo de sitios para conseguir compañía...

Luisa – Bueno, tienes razón... Esa expresión ingenua y un poco tonta, hay a quienes puede conmover...

Thelma – Parece inocente como un corderito...

Luisa – Ah, justo cuando hablamos del diablo...

Sor Esperanza llega. Thelma cierra precipitadamente la tapa de su computadora.

Thelma – ¡Buenos días, Hermana!

Esperanza – ¡Thelma y Luisa! Siempre inseparables, ¿verdad? ¿Cómo están hoy?

Luisa – Como dice el Doctor Miranda, la vida es una larga enfermedad degenerativa...

Thelma – Digamos que nosotras estamos en una etapa terminal...

Esperanza – Aquí o en cualquier lugar, solo somos pasajeros en la tierra... Y el Señor nos espera a todos en su paraíso.

Thelma – ¿Se da cuenta, Hermana? Nosotras seremos la primera generación de internet que llegará allá arriba... ¿Cree que hay red en el paraíso?

Esperanza – Si es el paraíso, seguramente hay wifi...

Thelma – Seguro por eso ya hay mejor señal cerca de la sala mortuoria...

Esperanza – ¿Puedo hacer algo por su bienestar, señoras?

Thelma – ¿La marihuana aún no está permitida en esta institución, incluso con fines terapéuticos?

Esperanza – Me temo que no...

Thelma – Bueno, entonces, no importa.

Esperanza – Muy bien, entonces pasaré más tarde para su clase de gimnasia... Que tengan un buen día, señoras.

Luisa – Que tenga un buen día, Hermana.

Thelma – Y gracias de nuevo por la foto... La puse inmediatamente en mi... página de inicio.

Esperanza – Si eso puede brindarle un poco de consuelo...

Thelma – Créame, Hermana, gracias a usted, varias de mis oraciones ya han sido respondidas...

Esperanza sale. Luisa guarda su revista y comienza a mover su silla de ruedas para irse.

Luisa – Vamos, no es que me aburra contigo, pero tengo que hacer mis deberes...

Thelma – ¿Tus deberes? ¿Has vuelto a tomar clases?

Luisa – No, pero tengo que redactar mi testamento...

Thelma – Tienes toda la razón, Luisa, a nuestra edad, es más fácil poner a alguien en tu testamento que en tu cama... ¿Y quién es el afortunado?

Luisa – Nunca me llevé muy bien con mi familia... Así que me pregunto si no debería dejarlo todo al Doctor Miranda... Es tan amable...

Thelma – Y bastante guapo también...

Luisa – Nos vemos luego, Thelma.

Thelma vuelve a abrir la tapa de su computadora.

Thelma – Adiós, Luisa.

Luisa sale. Thelma vuelve a escribir en su computadora. Llega un joven, con apariencia de rapero.

Alex – Hola, abuelita, ¿cómo va todo?

Thelma cierra nuevamente la tapa de su computadora.

Thelma – Te dije que no me llamaras abuelita.

Se saludan con un beso en la mejilla.

Alex – ¿Qué estás mirando en tu computadora?

Thelma – Nada en especial, ¿por qué?

Alex – Cierras la página cuando llego, es extraño.

Thelma – ¿Fuiste a la farmacia por mi receta?

Alex – No te preocupes, lo tengo aquí...

Abre un bolsillo de su chaqueta y le entrega a Thelma algo envuelto en papel de aluminio.

Thelma – No es un genérico, ¿verdad?

Alex – Consigo directamente de un herbolario afgano... *(Cuando Thelma está a punto de tomarlo, él la detiene)* ¡No tan rápido! Hay que pagar por adelantado.

Thelma le entrega un billete de cincuenta.

Thelma – Toma, los gané honestamente.

Alex – Ah, sí, ¿cómo?

Thelma – Gané una apuesta.

Thelma guarda su paquete de aluminio y saca un porro que enciende.

Alex – ¿En qué apostaste?

Thelma – No lo creerías...

Thelma da una calada al porro.

Alex – ¿Crees que algún día legalizarán también la cocaína, abuelita?

Thelma – Tal vez para los viejos. En cuidados paliativos. Y tus padres, ¿cómo están?

Alex – Todo bien. ¿Compartes?

Thelma – ¡Eh, después de todo soy tu abuela! No voy a animarte a drogarte.

Alex – ¿Porque tú, acaso, das buen ejemplo?

Thelma – Es diferente en mi caso, es para aliviar mi dolor...

Alex – Sí, claro...

Thelma se sorprende por el regreso de la Hermana Esperanza. Le pasa el porro a Alex, quien trata de esconderlo.

Esperanza – ¡Oh, hola Alex! Es amable de tu parte venir a visitar a tu abuela.

Alex – Sí, yo... Hola, Hermana...

Esperanza – Huele a eucalipto aquí, ¿no? ¿Eres tú quien fuma cigarrillos de eucalipto, Thelma?

Thelma – Es que...

Esperanza – Sabes que está estrictamente prohibido fumar dentro de las instalaciones, incluso si son cigarrillos para descongestionar los bronquios... Bueno, los dejo en familia. Adiós, Alex...

Alex – Adiós, Hermana...

Thelma – Vámonos.

Alex – ¿Dónde podemos estar tranquilos?

Thelma – Sígueme, ya verás. Además, es un lugar donde la señal de wifi es muy buena...

Alex – Genial...

Salen, pero Thelma olvida su computadora portátil. Carlos, el médico, vuelve acompañado de Bárbara.

Carlos – Bueno, parece que va bastante bien esta mañana, ¿no, Bárbara?

Bárbara – Todos nuestros pacientes responden al llamado. No sucede tan a menudo. Casi parece un milagro...

Carlos – Es curioso, creí haber visto a alguien en la sala mortuoria...

Bárbara – Quizás alguien que habremos olvidado allí... También hay muertos que nadie viene a reclamar...

Carlos – Me encargaré de eso...

Bárbara (*provocativa*) – ¿No preferiría encargarse de mí?

Carlos – Bueno, es que... No podemos dejar un cuerpo abandonado así...

Bárbara – Un cuerpo abandonado... Tiene uno frente a usted, Doctor Miranda... ¿Es tan ciego?

Carlos ve la computadora y aprovecha la excusa para alejarse.

Carlos – ¿Pero qué veo?

Bárbara – ¿Qué pasa?

Carlos – Un ordenador con una manzana...

Bárbara (*decepcionada*) – Cruel, me dan ganas de lanzarle esa manzana a la cara...

Carlos – "An Apple a day, keep the doctor away...".

Bárbara – ¿Habla inglés, Carlos? Pensé que era Argentino...

Carlos – De todas formas, no es algo que se deba dejar por ahí... ¿Es suyo?

Bárbara – No...

Carlos – No creo que haya muchos ladrones por aquí, pero bueno...

La mirada de Bárbara se dirige hacia la imagen en la pantalla.

Bárbara – Ah sí, como dices... Es aún menos apropiado dejarlo por ahí cuando se navega en este tipo de sitios...

Carlos – ¿Qué tipo de sitio?

Bárbara – ¡Un sitio de citas!

Carlos – Bueno... nuestros pacientes no...

Bárbara – ¡Pero... es la foto de la Hermana Esperanza!

Carlos – Está usted bromeando...

Bárbara – Si no es ella, se le parece mucho...

Carlos – Déjeme ver...

Bárbara – Ella se hace llamar Thelma.

Carlos – ¿En serio?

Bárbara – Es obvio que cuando te llamas Hermana Esperanza, en este tipo de sitios es mejor usar un seudónimo para no correr el riesgo de encontrarse con perversos...

La Hermana Esperanza llega. Carlos y Bárbara, asombrados, la miran con otros ojos.

Esperanza – ¿Todo bien?

Carlos – Muy bien...

Bárbara – Muy, muy bien...

Esperanza – Perfecto...

Bárbara – ¿Estás segura de que no olvida nada, Hermana?

Esperanza – No lo creo, ¿verdad? Bueno, hasta luego...

La Hermana Esperanza continúa su camino, un poco incómoda por la mirada insistente de los otros dos, y sale.

Carlos – Nunca hubiera creído eso de ella... Parece tan...

Bárbara – Sí... Creemos conocer a las mujeres...

Carlos – No ha recuperado su ordenador...

Bárbara – No se atrevió... Esa mojigata...

Carlos – Es cierto que habría sido un poco incómodo.

Bárbara – ¡Ni me lo diga!

Carlos – Lo dejaremos aquí, ella vendrá a recuperarlo discretamente...

Bárbara se prepara para salir.

Bárbara – ¿Viene?

Carlos – Sí, sí, la alcanzo enseguida...

Bárbara sale. Carlos duda por un momento, luego comienza a escribir febrilmente en el ordenador. Thelma regresa. Carlos se escabulle.

Thelma – ¡Guau! Esto es bueno... (*Ve el ordenador*) Ah, sí, sabía que lo había olvidado aquí...

Fernanda regresa acompañada de Sandy y Juan.

Thelma – ¡Fernanda! ¡Pensé que habías fallecido!

Fernanda – Bueno, no, ya ves...

Thelma – Otros cincuenta euros perdidos... Entonces, ¿quién está en la sala mortuoria?

La mirada de Thelma se dirige a la pantalla del ordenador.

Thelma – Mira, una nueva propuesta... Definitivamente, estoy muy solicitada... (*Escribe en el teclado y mira la pantalla*) ¡No, es el Doctor Miranda!

Thelma se va mientras sigue mirando su pantalla. Fred, la segunda hija (o el segundo hijo) de Fernanda, llega.

Fred – Hola mamá... (*Más fríamente*) Sandy... Juan...

Fernanda (*a Sandy*) – Ahí está tu madre.

Sandy – Tú eres mi madre. Ella es mi hermana...

Fernanda – ¿Estás segura? Parece tan vieja...

Juan – Nos vamos, ¿verdad, Sandy?

Fred – No los estoy echando, ¿eh?

Sandy – Nos íbamos a ir.

Sandy besa a Fernanda.

Fred – Aquí tienes, te traje dulces de fruta...

Fernanda – Ah, gracias... Tu hermana no me habría traído nada... Ella nunca me trae nada...

Sandy – Te trajimos una caja, mamá, está ahí...

Juan – Hasta la próxima, Fernanda...

Juan y Sandy salen, lanzando una mirada hostil a Fred. Fred le ofrece a Fernanda la caja que trajo.

Fred – Toma, prueba una pasta de fruta...

Fernanda – Gracias... *(Toma una pasta de fruta y la come)* No son tan buenas como las de tu hermana...

Fred – Entonces, mamá, ¿has pensado en lo que te pedí la última vez?

Fernanda – ¿Qué?

Fred – Acerca de esa caja con lingotes que habrías escondido en algún lugar de la casa...

Fernanda – Ah, eso...

Fred – ¿Recuerdas qué hiciste con eso?

Fernanda – Sí.

Fred – Y entonces?

Fernanda – Entonces, ¿qué?

Fred – ¿Qué hiciste con eso?

Fernanda – Bueno, lo puse en el ático, creo.

Fred – ¿No?

Fernanda – Sí, pero acabo de decírselo a tu hermana...

Fred – ¡La zorra!

Fred sale apresuradamente. Luisa llega.

Luisa – ¿Quieres un chocolate? El Doctor Miranda me los regaló porque acabo de dejarle toda mi fortuna...

Fernanda – Es realmente amable de su parte... ¿Qué tipo de chocolate es?

Luisa – Lingotes.

Fernanda – Ah sí, tomaré uno. Me recordará mi juventud. Mi madre solía regalármelos a menudo cuando era pequeña. Recuerdo que aún tengo todas las cajas en el ático...

Thelma llega también. Por detrás, Thelma corta con una pinza el tubo del goteo de Luisa. Fernanda lo ve. Thelma, mientras muestra una sonrisa hilarante, le hace señas para que se calle.

Thelma – No debería, lo sé, pero me resulta tan divertido...

Fernanda comienza a sentirse mareada. Hermana Esperanza regresa, con un llamativo atuendo de gimnasia y llevando un gran reproductor de CD al hombro como un rapero callejero. Como una colegiala atrapada en falta, Thelma quita discretamente la pinza de la ropa y Luisa recupera el conocimiento.

Esperanza – ¡Vamos, señoras, es hora de moverse un poco! Es la hora de su clase de gimnasia.

Thelma – Oh, no, no la gimnasia...

Hermana Esperanza presiona el botón del reproductor y se oye una música animada de estilo step.

Esperanza – ¡Vamos, todos conmigo!

Esperanza, un poco emocionada, comienza a hacer movimientos de step de manera bastante espectacular, que las pacientes débiles imitan sin mucho entusiasmo.

Esperanza – ¡Vamos, un poco más de ánimo!

Thelma vuelve a cortar con la pinza el goteo de Luisa, quien comienza a marearse nuevamente.

Fernanda – Hermana Esperanza... Parece que Luisa se ha esforzado un poco...

Esperanza – Bueno, de acuerdo, quizás deberíamos detenernos por hoy, entonces...

Thelma retira la pinza del goteo de Luisa, quien poco a poco recupera la conciencia.

Thelma – Lo hemos logrado...

Esperanza – ¿Te sientes mejor, Fernanda?

Fernanda – Estoy bien... Tuve un pequeño desmayo...

Las tres pacientes salen. Carlos llega y descubre el atuendo ajustado y llamativo de Hermana Esperanza, quien está apagando su reproductor de CD para irse.

Carlos – Bueno... Realmente la descubro bajo una nueva luz, Esperanza...

Esperanza – Es un atuendo de gimnasia... ¿Cree que es un poco...?

Carlos – No pensé que debajo de su bata blanca se escondiera tal cuerpo de diosa... ¿Recibió mi mensaje?

Esperanza – ¿Qué mensaje?

El bip de Carlos se escucha.

Carlos – Disculpe, me están llamando... Pero retomaremos esta conversación más tarde, ¿no es así?

Carlos se va. Bárbara llega.

Bárbara – Entonces, Hermana Esperanza, ¿está sudando la camiseta?

Esperanza – Lo sé, no debería exigirles demasiado, pero al mismo tiempo...

Bárbara – Deberías ser un poco más discreta, sobre todo.

Esperanza – ¿Discreta?

Bárbara – Nos entendemos, ¿verdad? Pero la advierto, en lo que respecta a Carlos, ¡es territorio vedado!

Hermana Esperanza sale. Carlos regresa horrorizado, empujando un carrito frente a él en el que hay un cuerpo cubierto con una sábana blanca.

Carlos – ¡Acabo de descubrir un cadáver en la sala mortuoria!

Bárbara – No es algo muy extraordinario, ¿no? En promedio, contamos con dos o tres todas las mañanas...

Carlos – Pero este no es uno de nuestros pacientes. Incluso me pregunto si es realmente humano. Parece un zombie. Mira...

Carlos levanta un extremo de la sábana y se reconoce a Ángela. Luisa regresa en una silla de ruedas y ve el cadáver.

Luisa – ¡Ángela!

Bárbara – ¿La conoces?

Luisa – ¡Es mi sobrina, vino a visitarme hace un momento!

Bárbara – ¿Dónde la encontró, doctor?

Carlos – ¡En la sala mortuoria, le digo!

Bárbara – Astuto, para ocultar un cadáver. Es el último lugar donde pensaríamos buscar...

Carlos vuelve a cubrir el cuerpo con la sábana.

Carlos – ¿Usted cree que podría ser un asesinato?

Bárbara – Quién sabe... ¡Dios mío! ¡El criminal podría estar entre nosotros! ¡Debemos llamar a la policía!

Carlos – Ya lo hice, acabo de llamar a la comisaría... De hecho, ahí están...

El comisario y su ayudante llegan.

Comisario – Comisario Ramírez, y este es mi ayudante Sánchez... Espero que nadie haya tocado nada.

Carlos – Solo transporté el cuerpo hasta aquí en este carrito con ruedas...

Comisario – Muy bien, eso nos evitará cambiar de escenario innecesariamente. *(Levanta la sábana para echar un vistazo)* ¡Uy, esto no es bonito de ver! El productor no escatimó en efectos especiales...

Ayudante – Sí, esa baba verde que le sale de la boca... Parece El Exorcista...

Comisario – ¿Hace cuánto tiempo ocurrió la muerte, doctor?

Carlos – No tengo idea. No soy forense...

Ayudante – No se preocupe, seguramente lo descubriremos...

Comisario (*al ver a Luisa*) – ¿Cómo va, abuelita? ¿La sopa está buena aquí? Espero que mejoren un poco las comidas de Navidad en el comedor. ¿Al menos tuvo un tronco de helado?

Bárbara – Es la tía de la víctima, comisario. Debe estar en estado de shock...

Comisario – Ah, muy bien... Entonces ya conocemos la identidad del cadáver... Eso nos ahorrará tiempo. Sánchez, sé amable y lleva ese carrito de carne fría un poco más lejos, tengo la sensación de que ya está empezando a apestar un poco...

Luisa – Pobre niña... Vino a verme hace apenas una hora, ¿se dan cuenta?

Comisario – Entonces es bastante reciente... Aunque tal vez ya olía mal cuando estaba viva...

Luisa – ¿Están seguros de que está muerta al menos?

Sánchez se dispone a llevar el cadáver a los bastidores.

Ayudante – O tal vez está bien imitado... La última vez que vi a alguien babear así, fue a un pobre tipo mordido por su suegra con rabia...

Comisario – Vamos, Sánchez, le ruego que respete el duelo de esta pobre mujer que acaba de perder a su sobrina en circunstancias particularmente atroces.

Ayudante – Perdón, Comisario. Mis disculpas...

Sánchez sale con el cuerpo en el carrito de ruedas.

Comisario – Entonces, querida señora, su sobrina fue la última persona que la vio con vida...

Luisa – ¿No será al revés, Comisario? Aún no estoy completamente muerta...

Comisario – No trate de confundirme, conozco mi trabajo. ¿Usted no la mató, al menos? Eso nos ahorraría aún más tiempo...

Luisa – ¿Es una animación para la víspera de Navidad, Doctor Miranda? ¿Un Cluedo en vivo? ¿Es usted actor?

Carlos – Me temo que no, querida Fernanda... O es un actor muy malo...

El comisario se lleva a Carlos aparte.

Comisario – De todos modos, Doctor, no es una idea tan mala...

Carlos – ¿Qué?

Comisario – ¿Y si hiciera creer a sus pacientes que es un juego de roles? Sería menos traumático para ellos, ¿no? Desde un punto de vista psicológico...

Carlos – Bueno... Aunque creo que Luisa se dará cuenta en algún momento de que su sobrina realmente está muerta.

Comisario – ¿Lo cree... en el estado en que está? En quince minutos habrá olvidado incluso que tenía una sobrina... Bueno, usted decide. Pero la psicología es importante, ya sabe...

Ayudante – Listo, comisario.

Comisario – Muy bien. ¿Y qué hicieron con el cuerpo? Para saber dónde lo escondieron si quiero encontrarlo más tarde...

Ayudante – Lo puse en la cámara frigorífica.

Comisario – Ah, tienen una cámara frigorífica, muy bien, es práctico. Nosotros también tenemos una en el instituto forense...

Bárbara – Sí, bueno, la nuestra está en la cocina...

Ayudante – Eso me parecía... ¿Por qué guardan tantos cadáveres de animales en una morgue?

Comisario – Bueno, intentaremos hacer la autopsia antes de que la víctima esté completamente congelada, si no tendremos que usar un pico de hielo...

Ayudante – O el microondas...

Comisario – Y entonces, ¿no tienen ni idea de cómo fue asesinada?

Bárbara – ¿Cómo lo sabríamos, Comisario?

Comisario – No lo sé... Ustedes son médicos, ¿están acostumbrados a matar gente, verdad? Es una broma...

Ayudante – ¿Quién pudo haber hecho esto?

Comisario (*poniendo su mano en el hombro*) – Estamos aquí para descubrirlo, Sánchez...

Ayudante – ¿Tiene un plan, Comisario?

Comisario – Saquen a todos de aquí, excepto a la viejita. La interrogaremos de inmediato y luego podrá ir a almorzar. No somos monstruos, después de todo. Sabemos que las personas mayores suelen almorzar temprano...

Bárbara (*susurrando*) – La alimentamos por vía intravenosa, Comisario, le tuvimos que quitar el estómago la semana pasada...

Comisario – Bueno, al menos así ya no tiene problemas de digestión... Vamos, todos afuera, los llamaremos por su número cuando sea su turno, como en el servicio de empleo.

Carlos y Bárbara salen.

Comisario – Sánchez, mientras interrogo a la señora, ve y registra este lugar de arriba a abajo. Y designa a alguien de aquí como médico forense para realizar la autopsia. No vamos a pasar las fiestas aquí, ¿verdad?

Ayudante – Entendido, Comisario.

Sánchez sale.

Comisario – Entonces, Abuelita, ¿no quieres confesar de inmediato? Aliviaría tu conciencia y yo podría celebrar la Nochebuena con mi familia.

Luisa – Le había regalado una bufanda de lana. ¿Se ahorcó con eso?

Comisario – Parece más bien un envenenamiento, si juzgo por el color de la saliva que le sale de la boca... ¿Comieron algo juntas cuando ella le visitó?

Luisa – Comimos lenguas de gatos...

Comisario – Aparentemente, no le sentaron bien... Pobres animalitos... Apuesto a que eran lenguas de gato negro... ¿Pero fue una cena de Navidad o un ritual satánico?

Luisa – Y luego tomamos un poco de champán...

Comisario – Vaya, no se niegan nada. No estoy seguro de que con mi pensión, tendré suficiente para comprar champán.

Luisa – ¡No es Navidad todos los días...! Y en el estado en el que estoy, ni siquiera estoy segura de celebrar la próxima.

Comisario – No sabe la suerte que tiene... A mí, la Navidad siempre me ha deprimido un poco... Desde que era niño...

Luisa – Bueno, está bien, no me va a contar su infancia desdichada, ¿verdad?

Comisario – Muy bien... ¿Diría usted que tenía una relación conflictiva con su sobrina, querida señora?

Luisa – Oh... Venía a verme con la esperanza de recibir la herencia, pero bueno... Cuando solo te quedan unos meses de vida y tienes millones en tu cuenta, ya sabe, es difícil creer en visitas desinteresadas...

Comisario – Eso podría explicar por qué ella querría abreviar sus sufrimientos, pero no al revés... ¿Y efectivamente la incluyó en su testamento como agradecimiento por su dedicación?

Luisa – Habla de una dedicación...

Comisario – Reconozca que ir a ver a los moribundos en el hospital no es un paseo agradable. Sin mencionar los gastos: flores, golosinas, revistas... Eso merece una pequeña compensación, ¿no?

Luisa – He dejado todo al Doctor Miranda.

Comisario – Y tiene toda la razón... Este Doctor Miranda parece ser un hombre santo...

Sanchez regresa.

Ayudante – Comisario, hemos identificado el vehículo de la víctima. Un automóvil negro de color gris, aparcado en el estacionamiento del hospital en un lugar para discapacitados...

Comisario – Y, ¿qué conclusiones sacas de eso, Sanchez?

Ayudante – Bueno... La víctima no estaba discapacitada...

Comisario – Eso lo dirá la autopsia... Por cierto, ¿has asignado a alguien a eso?

Ayudante – Sí, Comisario... El Doctor Miranda está a cargo de eso...

Comisario – ¿Qué más?

Ayudante – Estaba pensando que... Tal vez tengamos el móvil del crimen...

Comisario – ¿Cuál móvil?

Ayudante – Un discapacitado que pudo haber querido vengarse de que le hayan quitado su lugar de estacionamiento.

Comisario – Bravo, Sanchez, no dejaremos de explorar esta pista. Mientras tanto, deshazte de la anciana y tráeme al siguiente testigo...

Ayudante – ¿Qué testigo, Comisario?

Comisario – ¡No lo sé! Cualquiera que encuentres... (*Sanchez se lleva a Luisa.*) A estos jóvenes hay que explicarles todo...

El comisario examina el lugar. Recoge un frasco del suelo y trata en vano de leer la etiqueta. Sanchez regresa con la Hermana Esperanza.

Comisario – ¿Qué dice ahí, Sanchez? No sé dónde dejé mis gafas...

Ayudante – Veneno, Comisario... ¿Usted cree que esto podría estar relacionado con el caso de envenenamiento?

Comisario – Francamente, lo dudo... Pero de todos modos lo enviaremos al laboratorio para verificar si es una sustancia tóxica...

Ayudante – Entendido, Comisario...

Sanchez toma el frasco y se va.

Comisario – Bueno, Hermanita... Primero que nada, ¿qué te llevó a ser religiosa? Una chica guapa como tú...

Esperanza – Estoy casada con Nuestro Señor... Dedico mi vida a ayudar a los demás...

Comisario – En ese caso, tenemos un trabajo parecido.

Esperanza – Por diferentes caminos, sin embargo...

Comisario – Los caminos del Señor son inescrutables... ¿Has notado algo inusual en la zona últimamente?

Esperanza – ¿Por ejemplo?

Comisario – Tú no practicarías brujería, ¿verdad? Misas negras, sacrificios humanos, exorcismos...

Esperanza – No, Comisario.

Comisario – ¿Un poco de eutanasia de vez en cuando, tal vez...?

Esperanza – Eso va en contra de los principios de mi religión, Comisario.

Comisario – ¡Vaya! No lo sabía...

Esperanza – Además, no ha sido uno de nuestros pacientes en estado terminal quien falleció, sino una joven que venía a visitar a uno de ellos...

Comisario – Uno piensa en abreviar el sufrimiento de un moribundo y termina llevándose la vida de una joven en la flor de la edad. Nadie está a salvo de un error médico...

Esperanza – Soy una enfermera titulada...

Comisario – Vamos, Hermana... No me digas que nunca ha sucedido aquí que un paciente venga para que le extirpen las hemorroides y termine con una pierna menos...

Esperanza – ¿Tiene alguna otra pregunta, Comisario? Mis pacientes me necesitan...

Comisario – Eso es todo por ahora, pero te pediría que estés a disposición de la policía hasta nuevo aviso.

Esperanza – ¿Qué significa eso?

Comisario – Vamos a tratar de evitar la pulsera electrónica por ahora, pero si tenías planeado un pequeño viaje a un país que no tenga un tratado de extradición con España, como las Bahamas o las Islas Caimán, te pediría que lo posponga...

Esperanza – Solo tenía planeado un peregrinaje a Lourdes para Año Nuevo...

Comisario – ¿Está dentro del espacio Schengen?

Esperanza – Está en Francia, en cualquier caso...

Comisario – Muy bien. Ve en paz del Señor, bella niña.

Esperanza sale. Sanchez regresa.

Comisario – Entonces, ¿qué resultados tenemos de la redada, Sánchez?

Ayudante – Lo de siempre, Comisario... Un poco de marihuana, armas de mano, dinero en efectivo debajo de los colchones... Incluso encontré morfina...

Comisario – Morfina... ¿Hasta dónde vamos a llegar? ¿En un hospital, te das cuenta? Pero cuando dices "dinero en efectivo debajo de los colchones"...

Ayudante – Euros, francos suizos, liras italianas... Incluso encontré algunas pesetas...

Comisario – ¡Ah, las pesetas! Fueron buenos tiempos, ¿verdad, Sánchez? La Costa Brava a un precio asequible, los guardias civiles con sus graciosos tricornos, el General Franco en la televisión con sus gafas de sol... ¡Qué orador, realmente! Eso nos hace sentir más viejos, Sánchez...

Ayudante – Pero lo que me preocupa, Comisario, es esto...

Sale y regresa con un montón de cajas en sus brazos.

Comisario – ¿Qué es esto, Sánchez? ¿Crees que este es el momento de hacer tus compras navideñas? Tenemos un caso que resolver, ¡por todos los diablos!

Ayudante – Pasta de frutas, Comisario. Exactamente veinticuatro cajas...

Comisario – ¿Y dónde encontraste esto?

Ayudante – Debajo de la cama de una paciente. Una tal Fernanda. De hecho, me pregunto si ese no es un seudónimo... Nadie se llama Fernanda en estos días...

Comisario – Estoy de acuerdo contigo, Sánchez... Creo que estamos siguiendo una pista seria. Envíalo también al laboratorio... No explotará, ¿verdad?

Ayudante – En cualquier caso, la mayoría de estos productos han pasado la fecha de caducidad.

Comisario – ¿Interrogaste a esta Fernanda?

Ayudante – Es terca como una mula, no pude sacarle nada... Pensé que usted podría tener más éxito... Todos conocen sus habilidades como psicólogo cuando se trata de interrogar a los testigos más obstinados... La traje aquí...

Comisario – Hiciste bien, Sánchez... Introduce a la señora...

Sánchez se va por un momento y vuelve con Fernanda.

Comisario – Siéntese aquí, Fernanda, por favor...

Sánchez se va. Desde el principio, el comisario le da una bofetada a Fernanda.

Fernanda – ¡Pero qué le pasa!

Comisario – Entonces, ¿vas a hablar?

Fernanda – ¡Ni siquiera me ha hecho preguntas todavía!

Comisario – Ya lo creo... Y esta pasta de frutas, por supuesto, ¿me dirás que era para tu consumo personal?

Fernanda – Todo el mundo se empeña en traerme pastas de frutas, Comisario... Las detesto... ¿A usted le gustan?

Comisario – Bueno... *(Toma uno y lo prueba)* Sí, no está tan mal...

Fernanda – Lo que me gusta son los lingotes... Mi madre solía dármelos cuando era pequeña. ¿Le gustan los lingotes, Comisario?

Comisario – ¿Los lingotes?

Fred, la hija de Fernanda, llega.

Fred – Ah, mamá... Perdón por interrumpir, señor Comisario, pero necesitaba hablar con usted... *(Lo aparta y le habla en voz baja)* ¿Logró que confesara?

Comisario – ¿Sobre qué, querida señora?

Fred – ¡Los lingotes! ¿Le dijo dónde los escondió o no?

Comisario – Aún no, pero pronto lo hará. Confíe en la policía...

Fred – No dudes en usar métodos un poco... contundentes. Pensé que mi hermana los había encontrado, pero ella asegura que no...

Comisario – ¿De verdad?

Fred – Dejaré que haga su trabajo... ¿Me mantendrá informada?

Comisario – No dejaré de hacerlo, querida señora.

Fred se va.

Comisario – Qué codicia, de todos modos... Pelearse así en familia... Todo por chocolates...

Sanchez regresa.

Ayudante – Me tomé la libertad de interrogar a algunos testigos por mi cuenta, Comisario, y todas las declaraciones concuerdan: se come muy mal en este lugar...

Fernanda – ¡Ah, sí, confirmo eso! ¡Es asqueroso!

Ayudante – Incluso encontré carne en mal estado en el refrigerador.

Comisario – ¿Además de nuestro cadáver, quieres decir?

Ayudante – Volveré y le avisaré si hay algo nuevo...

Comisario – Bueno, líbrame de esta bruja y tráeme a Barbie enfermera.

Ayudante – ¿Bárbara?

Comisario – Exactamente...

Sanchez sale con Fernanda. Bárbara llega.

Comisario – Ah, querida señora... Siéntese, por favor...

Bárbara – Puede llamarme Bárbara. *(Se sienta frente a él cruzando las piernas)*
¿Tenía alguna pregunta que hacerme, Comisario?

Comisario *(perturbado)* – Eh... sí. Pero extrañamente, ahora mismo no me viene a la mente...

Bárbara – Tengo todo el tiempo del mundo...

Comisario – Ah, sí, aquí está... ¿Tiene usted razones para sospechar que su jefe, el Doctor Miranda, está llevando a cabo experimentos médicos prohibidos en sus pacientes?

Bárbara – ¿Como los médicos nazis, quiere decir?

Comisario – Es Argentino... y es médico. Reconoce que es una hipótesis que no debemos descartar... Aunque sea solo una hipótesis...

Bárbara – El Doctor Miranda... No lo creo, Comisario. Además, Carlos es suizo...

Comisario – También había nazis en Suiza... Al menos en Suiza alemana...

Bárbara – Es un capítulo de la historia que desconocía por completo, Comisario...

Comisario – Supongamos... Pero el Doctor Miranda también podría estar administrando a sus pacientes sin su conocimiento maíz transgénico para ver si desarrollan tumores. Conocemos bien los vínculos a veces incestuosos que el cuerpo médico tiene con las compañías farmacéuticas...

Bárbara – Es cierto que casi todos nuestros pacientes ya tienen tumores... Pero eso no encaja con el perfil, señor Comisario... El Doctor Miranda es un médico completamente desinteresado. ¿Ha oído hablar de su fundación en beneficio de los huérfanos sin padres?

Comisario – Olvidemos eso, querida amiga... Fue solo un interrogatorio de rutina y no la retendré más tiempo... (*Bárbara se levanta para salir*) Ah, Bárbara, una última pregunta...

Bárbara – Sí, Inspector Colombo...

Comisario – Especialmente después de comer platos picantes, como el cuscús o el chorizo, tengo terribles picazones... en un lugar que la decencia me impide mencionar en un escenario teatral... ¿Sabría usted qué podría ser?

Bárbara – Supongo que se refiere a su trasero...

Comisario – No, quiero decir, qué tipo de enfermedad... ¿Cree usted que es grave?

Bárbara – Probablemente solo sea un pequeño problema de hemorroides... Voy a concertarle una cita con el Doctor Miranda después de las fiestas. Mientras tanto, evite los excesos...

Comisario – Gracias, Bárbara, ya me siento aliviado...

Bárbara se va. Sanchez regresa.

Comisario – Entonces, Sanchez, ¿qué resultados tienes de tus investigaciones?

Ayudante – Este hospital es un verdadero desastre, Comisario: tráfico de drogas, apuestas ilegales, abuso de personas vulnerables, lavado de dinero, contratación de chicas de compañía por internet...

Comisario – ¿Y la autopsia?

Ayudante – En ese aspecto también hemos avanzado bastante. La autopsia revela que la víctima había consumido una gran cantidad de lenguas de gato.

Comisario – ¿Nada de pasta de frutas, estás seguro?

Ayudante – Solo lenguas de gato, cuya fecha de caducidad había pasado hace más de una semana... Encontré el envoltorio en un cubo de basura.

Comisario – ¡Bravo, Sanchez! Seguramente esa fue la causa de la muerte... Las lenguas de gato pasadas no perdonan. Ahora solo queda determinar si fue envenenamiento o una simple intoxicación accidental...

Ayudante – Hay algo más, Comisario...

Comisario – ¿Qué más?

Ayudante – La autopsia reveló que la víctima no estaba realmente muerta antes de la autopsia...

Comisario – ¿Y qué?

Ayudante – Bueno... El Doctor Miranda intentó volver a poner todo más o menos en su lugar...

Comisario – La víctima fue encontrada en una sala mortuoria... Seguramente eso es lo que confundió a los médicos. Así que, Sanchez, siempre hay que tener cuidado con las conclusiones precipitadas...

Ayudante – Una última cosa, Comisario... He examinado las computadoras...

Comisario – ¿Y qué?

Ayudante – ¡Bingo! Acabo de arrestar a un tipo que tenía una cita con un miembro del personal de este hospital que conoció en internet...

Comisario – Introduzcan, Sanchez, introduzcan...

Sanchez introduce a Carlos y Esperanza.

Comisario – ¿Usted, Doctor Miranda? ¿Y usted, Hermana?

Carlos – Puedo explicárselo, Comisario...

Comisario – Confíese en mí, Doctor...

Carlos – Estoy secretamente enamorado de la Hermana Esperanza desde que llegó a nuestra institución. Cuando me enteré accidentalmente de que se registró en un sitio de citas, usé un seudónimo y le propuse una cita... Ella aceptó sin saber quién era yo... (*Volviéndose hacia Esperanza*) Esperanza, espero que no esté demasiado decepcionada...

Esperanza – ¡Pero esto solo puede ser una maquinación del Diablo, Comisario! ¡No visito sitios de citas, se lo aseguro!

Comisario – Vamos, Hermana, no hace falta actuar como una virgen asustada... Sabes, todos hemos navegado en este tipo de sitios en algún momento u otro...

Sanchez llega.

Ayudante – Le traigo a la víctima, Comisario... Créame, es una verdadera resurrección... Yo mismo presencié la autopsia, había órganos regados por toda la habitación...

Comisario (*a Carlos*) – ¡Bravo! El Doctor Frankenstein no lo habría hecho mejor...

Ángela llega más zombi que nunca, con saliva de colores en la comisura de la boca.

Carlos – Hice lo que pude, pero si quieren interrogarla, les aconsejo que no se demoren demasiado...

Comisario – Tiene razón... No todos los días se tiene la oportunidad de interrogar a la víctima de un asesinato...

Ángela (*voz de ultratumba*) – ¡Váyanse todos al infierno!

Esperanza se sobresalta.

Esperanza – Es el Anticristo, y el Señor me ha designado para enfrentarlo. (*Abre su bata, debajo de la cual lleva su traje fluorescente de gimnasia, y adopta una postura de karate antes de hacer algunos movimientos intimidantes*). ¡Vade retro Satanás!

Esperanza lanza un golpe fatal a Ángela. Sanchez se acerca al cuerpo.

Ayudante – Esta vez, creo que realmente está muerta, Comisario...

Esperanza – Las Fuerzas del Bien han triunfado sobre las Fuerzas del Mal... Ahora, pueden hacer conmigo lo que quieran...

Comisario – No me tientes, Hermana... Pero en cuanto al cadáver que acabas de asesinar, nos quedaremos con la versión oficial... Diremos que la víctima ya estaba muerta antes de la autopsia...

Ayudante – No somos monstruos, después de todo. No vamos a meter en la cárcel a una religiosa.

Comisario – Especialmente a una religiosa que acaba de encontrar el gran amor gracias a internet...

Bárbara llega furiosa, seguida de Thelma.

Thelma – ¡Pero te digo que Thelma soy yo!

Bárbara (*a Esperanza*) – Zorra. ¡Te dije que no te acercaras a Carlos!

Bárbara se abalanza sobre Esperanza y comienzan a pelearse.

Ayudante – ¿No cree que deberíamos separarlas, Comisario?

Comisario (*fascinado*) – Espera un poco más...

Fernanda y Luisa llegan.

Thelma – Apuesto por la morena, ¿y tú?

Fernanda – Cincuenta euros a la rubia...

Fred llega y se abalanza sobre Fernanda.

Fred – ¿Qué hiciste con los lingotes, zorra?

Fernanda – Pero bueno, ¡no tengo ni idea de qué estás hablando! ¡Comisario!

Fred – No se preocupe, Comisario, solo es una pequeña disputa familiar...

Fred agarra a Fernanda del cuello y comienza a sacudirla.

Fred – ¡Vas a hablar, vieja arpía!

Comisario – Creo que podemos considerar este caso como resuelto, Sanchez. Representamos aquí las fuerzas del orden, y creo que se puede decir que el orden está restablecido.

Ayudante – Bravo, Comisario. Otra investigación bien llevada. Buen trabajo...

Comisario – Gracias, Sanchez. ¿Vas a pasar la Nochebuena en familia esta noche?

Ayudante – Lamentablemente, Comisario, soy un huérfano de la policía. Ya no tengo familia.

Comisario – No sabes la suerte que tienes, Sanchez...

Ayudante – Mi padre murió en servicio. Puedo confesárselo ahora, servía bajo sus órdenes y estaba orgulloso... Esa es la razón por la que quise unirme a su unidad, Comisario.

Comisario – Lo que me dices me conmueve, Sanchez. Lo considero como un hijo, lo sabes, y no te abandonaré en un día como este.

Ayudante – Sabía que podía contar con usted, Comisario...

Comisario – Aquí está el Doctor Miranda. Con su Fundación, financiada por generosos donantes al final de sus vidas como Fernanda, se ocupa de los huérfanos que no tienen padres, como tú. Seguramente tiene una solución para que no te quedes solo en Nochebuena. ¿Verdad, Doctor?

Ayudante – Gracias, Comisario.

Comisario – Te dejo, Sanchez... Me esperan en casa. Y soy el encargado de rellenar el pavo... ¡Feliz Navidad a todos!

El comisario se va mientras la mitad de los que quedan siguen peleándose y los demás los observan. Sirenas de ambulancia y policía se mezclan...

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
¿Hay algún autor en la sala?
Strip Poker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
¡Bienvenidos a bordo!
El pueblo más cutre de España
Había una vez un barco chiquitito
Jaque Mate
La función no está cancelada
Milagro en el Convento de Santa María-
Juana
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Muertos de la Risa
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-948-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.